

Dos Discursos

En el Instituto
de Literatura y Lingüística

JOSE ANTONIO PORTUONDO

ARMANDO HART DAVALOS



Dos discursos en el Instituto de Literatura y Lingüística

José Antonio Portuondo
Armando Hart Dávalos



EDITORIAL ACADEMIA
La Habana, 1990

© José Antonio Portuondo Valdor,
Armando Hart Dávalos, 1990.
Instituto de Literatura y Lingüística

© Sobre la presente edición:
Editorial Academia, 1990

Edición: *Virgilio López Lemus*
Instituto de Literatura y Lingüística

Obra editada e impresa por
Editorial Academia
Industria No. 452 esquina a San José,
La Habana 10 200, Cuba

El Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba arribó en julio de 1990 a su veinticinco aniversario. Sus múltiples funciones como centro de investigaciones literarias y lingüísticas y como biblioteca especializada, cuenta ya con historia propia e incidencia en el panorama cultural cubano.

Con motivo de la celebración de la efemérides, su Director, el doctor José Antonio Portuondo, y el Ministro de Cultura, doctor Armando Hart Dávalos, pronunciaron discursos que rebasan el interés ocasional. El Instituto se congratula por haber sido motivo de estas palabras, y a la par por ofrecerlas ahora editadas. Sin dudas son textos útiles para el trabajo cultural, especialmente en las esferas de las investigaciones y la promoción.

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

**PALABRAS DEL DOCTOR JOSE ANTONIO PORTUONDO, DIRECTOR
DEL INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGUISTICA,
EN EL ACTO POR EL 25 ANIVERSARIO DE LA INSTITUCION**

Hace veinticinco años —para ser más exactos, el primero de julio de 1965— nació nuestro Instituto de Literatura y Lingüística, como centro de investigaciones integrante de la Academia de Ciencias de Cuba, y, desde su fundación, vino a ocupar este edificio que albergara a la Sociedad Económica de Amigos del País y a su Biblioteca Pública, la primera creada en nuestra tierra. En los dos aniversarios celebrados anteriormente por el Instituto, el Décimo (1975) y el Vigésimo (1985), reiteramos nuestro compromiso de continuar la tarea fundadora de tan ilustres predecesores que pusieron las bases institucionales de la cultura cubana. La Sociedad Patriótica de la Havana, luego llamada Sociedad Económica de Amigos del País, funcionó como una auténtica Academia de Ciencias, dedicada a la investigación de los problemas económicos, sociales y culturales de la naciente nacionalidad cubana. Prueba de ello fue el fallido intento de desgajar de su seno una Academia Cubana de Literatura, en 1834, que encendió la furia despótica del Capitán General Miguel Tacón, quien ordenó el destierro de José Antonio Saco que defendió el derecho a la existencia de una Academia Cubana de Literatura, lo que implicaba el reconocimiento de una expresión cultural propia en la colonia que aspiraba a ser nación.

Pero todo este reconocimiento de nuestras deudas históricas era sólo una mención agradecida. El énfasis lo poníamos, en ambas ocasiones, en informar lo hecho por el Instituto en el campo de las investigaciones literarias y lingüísticas y en el servicio brindado por la Biblioteca, ampliado ahora como Departamento de Información Científico Técnica. Esta vez la conmemoración sigue otros rumbos, determinados por circunstancias históricas. Por lo pronto, adelantamos la celebración, que no es ahora decenal sino quinquenal, no sólo para adecuarnos al ritmo actual de periodización de los planes de investigación de la Academia, sino para contribuir a la revisión científica de acontecimientos fundamentales de nuestro proceso nacional. En octubre de este mismo año debemos conmemorar el Segundo Centenario de la aparición del *Papel Periódico de la Havana*, iniciador de la prensa cubana, en cuya recordación no puede faltar el aporte de los investigadores literarios. En 1992 estaremos todos comprometidos en el examen rigurosamente científico del inicio del gran proceso de transculturación que abre una nueva era de la humanidad. 1993 comenzará con la conmemoración, el 9 de enero, del Bicentenario de la fundación de la Sociedad Patriótica de la Havana, llamada luego, como hemos dicho, Sociedad Económica de Amigos del País, raíz profunda de nuestras instituciones culturales. Y el 11 de julio del mismo año, la fundación de la Biblioteca que sigue aún suministrando la información indispensable a nuestros investigadores y al público, en general. Tenemos, pues, ante nosotros, duros empeños, además del cumplimiento de los planes de investigación fundamentales de nuestro Instituto sobre el español en Cuba —con amplia gama de indagaciones parciales— y la conclusión de los tres volúmenes de la historia de la literatura cubana, sin contar con nuestra participación en obras colectivas de países amigos, como el volumen, publicado ya en 1988, en la

Unión Soviética, y en proceso de edición actualmente en Cuba, sobre *La literatura realista y el movimiento revolucionario en América Latina*.

En el campo lingüístico es preciso mencionar nuestra colaboración, durante más de un año, en Cuba, con un equipo de lexicólogos de la República Democrática de Corea, en la redacción de un Diccionario coreano-español, tarea que comprometió a un buen número de nuestros lingüistas.

Ha habido una activa y constante participación de investigadores del Instituto en eventos internacionales celebrados en nuestro país y en el extranjero. Es justo, en este punto, destacar la labor realizada en el campo de la Lingüística Aplicada por el Departamento de Lingüística de nuestra Delegación en Santiago de Cuba, en colaboración con el ICRT y otros organismos, expuesta en dos eventos internacionales celebrados en la Ciudad Héroe. Igualmente fructífera ha sido la colaboración del Instituto con las universidades de La Habana, Las Villas y Oriente y con casi todos los Institutos Superiores Pedagógicos del país, así como con la Asociación de Lingüistas de Cuba y la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Libros, ensayos y artículos de nuestros investigadores literarios y lingüísticos han sido publicados por diversas editoriales y obtenido premios nacionales. Es constante la labor orientadora, docente, de nuestros investigadores en cursos de posgrado y en la tutoría de trabajos de diploma y tesis para la obtención de grados académicos, tanto en el terreno literario como en el lingüístico. No debe olvidarse la colaboración en publicaciones periódicas nacionales y extranjeras con las cuales mantenemos relaciones constantes.

Pero no queremos hacer un balance ni una rendición de cuentas. Estamos celebrando el vigésimo quinto aniversario de nuestro nacimiento y, como todo un cumpleaños que se respete, no vamos a apagar las velitas ni a entonar —o desentonar— un “¡Felicidades, Instituto, en tu día!”, sino que preferimos mostrar, en un relámpago, algo de lo hecho en el quinquenio 1985-1990 y reconocer, simbólicamente, el esfuerzo colectivo de nuestros trabajadores, entregando diplomas a quienes llevan más tiempo entre nosotros, algunos de los cuales figuran entre los fundadores del Instituto. El diploma certifica nuestro reconocimiento, agradecido y cordial, de su trabajo, de su devota participación en la vida, ya adulta y entrándose a la madurez, de este Instituto de Literatura y Lingüística que amamos y servimos todos, como un modo eficaz de contribuir al conocimiento y desarrollo de nuestra identidad cultural, de tanta urgencia en los momentos difíciles que atraviesan nuestro país y el mundo. Debemos subrayar que, en el proceso de rectificación en que estamos todos empeñados, nuestro Instituto ha desempeñado, y desempeña plenamente, la parte que le corresponde e igualmente en la preparación para la defensa de nuestra patria, si fuere necesaria la acción armada.

A veinticinco años de distancia de su nacimiento, el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba reitera, con decisión y firmeza ineludables, la consigna que enarbó en aquel instante: ¡Patria o Muerte. Venceremos!

La Habana, 1º de julio de 1990

AÑO 32 DE LA REVOLUCION

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR ARMANDO HART DAVALOS,
MINISTRO DE CULTURA, EN EL ACTO EFECTUADO
CON MOTIVO DEL 25 ANIVERSARIO
DEL INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜISTICA**

Cuando me enfrascaba en la tarea de escribir estas cuartillas, con motivo del 25 aniversario del Instituto de Literatura y Lingüística, aprecié la labor que desarrolla esta institución y los trabajos que confeccionan y proyectan en el presente quinquenio. Vuestro esfuerzo me invita a reflexionar con ustedes acerca de algunos problemas claves de nuestro desarrollo político en relación con la investigación y promoción socio-cultural. Honramos al Instituto en esta efeméride mostrando la significación del asunto. Hace unos pocos días, constituíamos los Consejos de Dirección y de Redacción de una obra de excepcional importancia, en la cual laboran musicólogos e investigadores de diversas especialidades. Me refiero al Atlas de los Instrumentos Musicales de la Cultura Popular Tradicional Cubana. En aquella oportunidad, se nos informaba, también, que el Centro Cultural Juan Marinello, junto a instituciones de la Academia de Ciencias, trabaja en una amplia investigación etnográfica, la cual contribuirá a un conocimiento más profundo de los asentamientos humanos y del movimiento social y migratorio relacionado con los orígenes de la cubanía.

Este último semestre, hice un recorrido por todas las provincias de Cuba, y el municipio especial Isla de la Juventud, y me reuní con los Consejos Populares de la Cultura, integrados por promotores, especialistas, dirigentes de centros culturales y educacionales, así como por representantes de instituciones de carácter social y político. En tales encuentros, pude apreciar que existe un potencial cultural de enorme importancia para el diálogo constructivo relacionado con la investigación, la promoción y la difusión del arte. Asimismo, se han celebrado en el país encuentros con las instituciones culturales de la comunidad de todas las provincias y tendrá lugar uno de carácter nacional en noviembre próximo. La información que tengo es que, en los mismos, se han discutido y aprobado ponencias sobre diversas experiencias de gran utilidad para esos objetivos.

Estas y otras informaciones, que en estos tiempos he recibido, me ratifican en la convicción de que hay muchas obras creativas e investigativas en las que, con devoción, han trabajado, y trabajan, estudiosos de las más diversas disciplinas. Se comprueba, asimismo, la laboriosidad, entrega y enorme significado social que encierran las tareas de investigación científico-cultural. Tal afirmación es válida, también, para la promoción y divulgación, la enseñanza artística y, desde luego, para la creación propiamente dicha. ¡Cuánto mérito genuinamente humano hay en el empeño por recrear, investigar o, sencillamente revelar, en el arte y en la palabra, la vida y las contradicciones que se manifiestan en la sociedad y en la naturaleza! Sin embargo, por razones que es oficio de sociólogos y políticos estudiar y resolver, no siempre se entiende así, ni se aprecia, el fenómeno de la cultura en relación con estos nobles, puros y esenciales objetivos.

¡Por qué no logramos, en la medida necesaria, mostrar, con toda su fuerza y riqueza, el hecho cultural y artístico como valor humano, social, de enorme interés

político que es, precisamente, lo que nos diferencia de los animales? Responder a esta pregunta, y encontrarle caminos de solución, constituye una responsabilidad ineludible de todos aquellos que nos movemos en el contorno de lo artístico y que nos orientamos por la cultura política de nuestro pueblo. Deseo honrar los 25 años de trabajo del Instituto de Literatura y Lingüística poniendo a debate esta importante cuestión. Mirta Aguirre, sólida columna de la cultura nacional, quien dedicó a este centro los muy fértiles y últimos años de su vida, nos inspira, con su noble pasión por estas faenas de creación, a realizar un esfuerzo encaminado a mostrar la obra ya realizada y la que se viene llevando a cabo en el arsenal inmenso de nuestras instituciones culturales, educacionales y científicas.

A mi viejo y admirado amigo José Antonio Portuondo, fundador y director actual de la institución, quien con insistencia cariñosa me ha traído a esta tribuna, lo invito a iniciar juntos el noble empeño por dejar, definitivamente aclarado, que la genuina cultura no está en el alboroto desordenado, en la fanfarria y el escándalo publicitario, sino en el trabajo creador de un pueblo que busca hoy, por acá o por allá, caminos nuevos para marchar por la ruta irrenunciable del socialismo, la independencia nacional, el ideario latinoamericano de Bolívar y de Martí, y que lo hace con el apoyo decisivo del pensamiento científico-social de los más grandes filósofos de la cultura universal: Marx, Engels y Lenin.

La invitación está hecha, el reto fraternal está lanzado, ahora queda en pie que le demos respuesta cabal al problema planteado. No presento aquí soluciones ni programas concretos para abordarlos. Para hacerlo, con lujecé, se requiere la cooperación de muchos. Sólo puedo asegurar que las soluciones se hallan, que los caminos a recorrer están, de una parte, en mostrar, con talento y energía, el manantial de creatividad cultural, educacional, científica y artística que hay en nuestro pueblo de hoy, así como en retomar, con fuerza, la autenticidad cultural cubana, latinoamericana y antimperialista de nuestras raíces espirituales. El éxito depende de nuestra capacidad para desarrollar el movimiento intelectual y artístico hacia nuevas escalas de valores morales, estéticos y sociales. Nuevas escalas que resulten capaces de responder, eficazmente, a los retos que tiene ante sí el arte y la literatura de nuestra época, es decir, la masividad, la calidad, la continuidad y la renovación.

Resulta imprescindible dar a conocer la fuerza social transformadora existente en el potencial intelectual y artístico del país, la cosecha cultural presente y las energías creativas que pueden promover. La misma no es obra de tal o cual organismo, es el resultado de dos siglos de historia patria y, dentro de ella, y de una manera especialmente destacada, de más de tres décadas de victorias revolucionarias. Con esta herencia moral, cultural, social y espiritual, los artistas e intelectuales cubanos deben promover estrechos vínculos con todo el pueblo trabajador. Tenemos, asimismo, que articular el empeño de varias generaciones de creadores en un esfuerzo por desarrollar la cohesión ideológica y moral de la cubanía. Pero, para realizar este trabajo, es preciso, en verdad, acabar de subrayar, radicalmente, la naturaleza política y social de nuestra cultura. Sí, se hace preciso ya entablar el debate político, a fondo, sobre el papel y el carácter socio-político del movimiento cultural cubano.

Para introducirnos en ese análisis, destaco los siguientes criterios: las dificultades políticas en el desarrollo del movimiento intelectual cubano no vienen dadas por la naturaleza y raíces culturales del mismo, sino por factores extraculturales. No fue

así en los países de Europa del Este, cuya historia cultural tenía, y tiene, importantes fundamentos conservadores. Como el socialismo no logró desarrollar el pensamiento revolucionario del movimiento obrero europeo, que está en la esencia de las ideas de Marx y Lenin, se impusieron, en el sector intelectual de esos países, los componentes conservadores —e, incluso, en muchos casos, reaccionarios— de la cultura históricamente heredada por esas sociedades. Nadie dude que esto fue apoyado y alentado por los llamados países occidentales. Pero la raíz social del problema estuvo presente en el seno de esas sociedades y no pudieron ser transformadas, lo cual sólo se hubiera logrado con una visión europea, internacionalista y universal, de la lucha por el socialismo en dichos países. No extraigamos las mismas conclusiones para nuestra sociedad. No actuemos con mimetismo. Recordemos una clara advertencia de José Martí, en carta dirigida a Fermín Valdés Domínguez, en la cual, precisamente, el Maestro abordaba la cuestión del socialismo. Decía el Apóstol:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas; y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquél, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizadas, confusas e incompletas,— y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van, de pedigüños de la reina, —como fue Marat,— cuando el libro que le dedicó con pasta verde — a lisonja sangrienta, con su huevo de justicia. Otros pasan de energúmenos a chamberlanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus “Memorias”. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1º de Mayo. Ya aguardo tu relato, ansioso.

En verdad, disponemos de una tradición profundamente revolucionaria en la cultura política y de una “mayor claridad natural” en la psicología de nuestro pueblo. Por eso, es factible que se desarrollen entre nosotros los valores superiores del pensamiento revolucionario con su peso de solidaridad humana. Pero ello sólo será posible si tomamos conciencia de que disponemos de esa fuerza espiritual, así como si somos capaces de actuar con fidelidad a esas tradiciones y de comprender el nuevo mundo —y vuelvo con Martí— “amasado por las manos de los trabajadores”, que ya nos vino encima, que se renueva y enriquece en estos fines de siglo, cuando todavía persisten, como amargo contraste, la miseria, la insalubridad y la muerte en las más amplias regiones del mundo.

Efectivamente, en nuestro país, el enemigo no puede apoyarse en una tradición cultural cubana, ya que toda ella —incluyendo, desde luego, las de raíces más inmediatamente populares— está integrada al acervo espiritual de la Revolución, la cual debemos lógicamente cuidar y cultivar. Sin embargo, es importante caracterizar,

social y culturalmente, las posibles brechas que el enemigo puede emplear contra nuestra identidad cultural. Sin abandonar sus pretensiones de utilizar personas de autoridad en el medio intelectual, y crear la confusión, puede alentar actitudes y comportamientos negativos que están en el seno de ciertas esferas de la población. Los residuos de lumpenismo, las conductas anarquizantes, de expresiones de violencia en las relaciones personales —que son raíces muy profundas de la indisciplina social— tienen, desde luego, fundamentos económicos derivados de nuestras dificultades en ese orden. Comprendo la naturaleza y base económica de muchos de estos problemas, pero la tarea que se nos ha dado consiste en analizar estas dificultades en el campo cultural. Estoy convencido de que el enfrentamiento ideológico es posible sobre los fundamentos expuestos y sólo será viable por la educación, la cultura y el trabajo de masas.

Es obvio que el arte y la cultura cubanos se han convertido en efectivos embajadores de los logros revolucionarios a partir de la pujanza, espíritu renovador y amplia libertad creativa de que disponen sus más notables representantes. Internacionalmente crece el interés y reconocimiento a las artes plásticas, a la danza, a la música —tanto sinfónica comoailable—, a la literatura, entre otras manifestaciones. En consecuencia, no es ajeno a la política enemiga, a su objetivo de aislar y desprestigiar a Cuba, el intento de desunir, enfrentando a las distintas generaciones y tendencias estéticas que convergen en el mosaico de la actual cultura cubana. En tales circunstancias, y buscando preservar la mayor libertad del arte para abordar los problemas de nuestra realidad, es imprescindible, una ofensiva, coordinada y consecuente, de todos los organismos, organizaciones políticas y profesionales, instituciones docentes y órganos de difusión masiva, en buscar una más coherente aplicación de la política cultural, que garantice el deslinde necesario entre la genuina creación y las manifestaciones pseudo-artísticas y la simulación de origen contrarrevolucionario o que sirve a tales propósitos. ”

Los sistemas de enseñanza, reproducción de la obra de arte, difusión crítica y promoción internacional, a la vez que garantizan el espacio indispensable para evitar que criterios dogmáticos ahoguen la libertad creadora, también deben establecer coordinaciones y consultas sobre la base de una mejor información, por parte de los órganos especializados, para no permitir ningún intento de manipulación que contribuya a poner en entredicho o desprestigiar al movimiento artístico cubano, comprometiéndolo con fenómenos negativos de carácter extrartístico. El hecho de que se comprenda, como en efecto ocurre en estos instantes, que no deben ser tomadas, únicamente, medidas administrativas, aunque éstas sean parte de las soluciones a ciertas desviaciones surgidas, sino que también debe priorizarse el trabajo con los cuadros, la atención política a los artistas y a las instituciones, y que puede estimularse un amplio diálogo social e institucional sobre estos problemas, nos coloca en posición ventajosa para avanzar hacia una nueva etapa de nuestro trabajo. ¿De qué otra manera pueden abordarse estos problemas si no es a través del diálogo socio-cultural?

Nuestra política cultural nace del enfrentamiento al imperialismo y a las deformaciones que el mismo genera y no podremos radicalizar seriamente las posiciones ideológicas sin abrir una discusión, sincera y valiente, que aborde a fondo el proble-

ma principal, es decir, el de la lucha contra el enemigo y la defensa de las instituciones, los programas, la política de la Revolución y la identidad cultural de la nación. Es en ese plano donde se ventilan, con fuerza, las ideas políticas y donde se produce el verdadero debate ideológico. A veces, hemos apreciado cierta subestimación, hasta olvido de la palabra antimperialismo: en ocasiones, la discusión política se pierde en el marasmo de debates tecnicistas y tecnocráticos o, incluso, de valor técnico, pero que no van a la esencia del problema político en el campo intelectual. Y esta esencia consiste en profundizar el carácter antimperialista, profundamente democrático y popular, de la cultura nacional. En fin, si queremos el debate y la amplitud informativa es para radicalizar nuestras posiciones ideológicas.

Estos sentimientos nos vienen de la cultura y la práctica política de nuestro pueblo. Con las concepciones de Marx, Engels y Lenin, y el pensamiento político, estético y revolucionario de Martí, tenemos la fuerza espiritual necesaria para unirnos cada vez más en el sector cultural y artístico. Es momento de marchar, de cuadro apretado como la plata en las raíces de Los Andes. Deben quedar subordinados los enfoques parciales y los intereses particulares, para facilitar una acción coordinada de todo el movimiento intelectual en que la cultura política de la nación cubana se revele, cada vez, con mayor fuerza y riqueza. Es necesario trabajar para promover los vínculos entre artistas e intelectuales, entendida esta última expresión en su más amplio sentido, y es preciso estrechar lazos con la clase obrera y con el pueblo trabajador. Es un principio comprobado en la práctica de nuestras vidas —y, al menos, en mi caso personal, esta convicción no surgió de simples análisis académicos— que el proletariado industrial, en tanto no tiene las limitaciones ideológicas que conlleva la propiedad privada sobre los medios de producción, constituye la fuerza espiritual y moral más revolucionaria de nuestra sociedad.

Pero si esto es verdad, también debemos analizar el alcance y la repercusión que sobre la clase obrera, y en especial en los centros industriales de mayor desarrollo, ha tenido el movimiento cultural. Las masas laboriosas de nuestra patria han elevado su nivel cultural y técnico como consecuencia de las transformaciones revolucionarias y, en especial, por los avances impetuosos de la educación. Téngase en cuenta siempre el dato ofrecido en otras oportunidades: si, en 1953, el 4,4% de la población ocupada era conceptuada como intelectual; en 1985, lo era el 35,5%. Esto significa que el fenómeno cultural y las posibilidades de promoción y conocimiento del arte se han convertido en un hecho de enorme repercusión social; significa que, aquellas zonas de la población que producen y promueven nuestra cultura artística, deben hacerlo para una masa altamente sensible y de un elevado nivel cultural, y significa que tal elevación del nivel cultural del pueblo se convierte en un elemento más que ayuda a enfrentar los fenómenos que se mueven en el contorno del arte y la cultura.

Hay que promover, con talento y energía, los vínculos entre lo mejor y más creativo del movimiento intelectual con la clase obrera y el pueblo trabajador. Aunque es obvio que ello está en el ánimo de todos, también es obvio que, en la práctica, muchas veces estos factores operan separadamente. Hoy, los centros laborales están repletos de técnicos, de científicos, de especialistas de la más diversa índole, y con esta inmensa masa es necesario que los artistas y escritores entablen

un diálogo cultural. En la esencia del mismo está el fortalecimiento de nuestras ideas políticas y socialistas. Ha de comprenderse que en los centros de trabajo, a donde llegan miles y miles de graduados universitarios y técnicos medios, se exige un diálogo diferente en su forma al del pasado, diferencia que está dada por un más alto desarrollo técnico y cultural.

Es preciso tomar en cuenta los cambios de composición cultural de nuestra clase obrera y de las masas trabajadoras. Pero, hay más, esa masa que ha llegado a los centros de trabajo, por razones perfectamente comprensibles, está constituida por personas de nuevas generaciones. Ahora, en los años 80, hemos visto cómo se promueven, a un primer plano, las hornadas de jóvenes que nacieron después de la Revolución o alrededor del triunfo de Enero. Tomemos bien en cuenta que son las primeras, pero vendrán otras. Han pasado, compañeros y amigos, 32 años y este hecho obliga a buscar fórmulas para un entendimiento, cada vez más profundo, entre las diversas generaciones de cubanos.

La juventud cubana, y su nivel intelectual y científico, constituye una de las fuerzas principales, si no la principal, de carácter profundamente revolucionario, para proceder a la renovación necesaria que supone el proceso de rectificación. Es ella, básicamente, la que debe convertirse, o se está transformando ya, en un agente fundamental del cambio revolucionario. Una prueba la tenemos en el proceso de agitación política mediante el cual los jóvenes han llenado las calles con su acción generosa y combativa. El último Consejo Nacional de la FEU mostró, con elocuencia y profundidad, la identificación de las nuevas promociones con la Revolución. Al menos en el campo cultural, he observado en los jóvenes un profundo interés de renovación positiva y de enfrentarse a la mediocridad y, en el fondo, a la incultura, que tiene su peso muerto en nuestro sector.

Pero no es con un desorientador paternalismo, ni con una convalidación acrítica de las ideas de algunos jóvenes, como se hace política revolucionaria con las nuevas generaciones. En cierto momento, se llegó a decir que los jóvenes de hoy, nacidos con la Revolución, no tenían que proclamar su posición política, como si ello viniera dado por el hecho de que habían nacido en los años finales de la década del 50 o a principios del 60. Es como si llevaran en sus genes la ideología de la Revolución. Estos inventos de jóvenes revolucionarios, por el solo hecho de que nacieron en 1959, tienen más que ver con la biotecnología que con la formación de un comunista. Se ha dicho, y muy bien, que todas las generaciones tienen sus revolucionarios y tienen sus desertores.

El asunto es mucho más complejo, pues ser revolucionario implica una toma de partido cotidiana y concreta, la cual es insustituible. La lucha contra el teque, la doble moral, el oportunismo pertinaz, el dogmatismo y el formalismo, no debe llevarnos a perder de vista que todo lenguaje político tiene sus principios, sustentados, en primer lugar, en la unidad de los revolucionarios y en la lucha contra el liberalismo y las concesiones a las argumentaciones del enemigo. En otras palabras: tenemos un discurso político propio que defender y renovar incesantemente. Una de las consecuencias más negativas del dogmatismo estuvo en que impidió un desarrollo superior de una escala de valores sólidamente enraizada en la conciencia y en la historia cultural y educacional cubana.

Si se impusiera una visión superficial, por medio de la cual se aprecia al sector cultural como algo distanciado del resto de la sociedad, si el arte se aprecia, exclusivamente, como algo separado de los restantes campos del saber, estaremos propiciando un peligroso e innecesario divorcio, profundamente negativo, entre la producción material y espiritual, entre la vida material del hombre y su vida espiritual. En tal divorcio está la esencia de muchos problemas teóricos y prácticos planteados hoy al socialismo. Como la vida espiritual objetivamente existe, si no le damos la jerarquización y orientación que reclaman las condiciones actuales, acabará repercutiendo sobre la economía del país y creando verdaderos dramas.

Creo que el proceso de rectificación significa una clara denuncia de las corrientes tecnicistas y burocráticas que pretendieron separar el fenómeno económico de un lado y la vida espiritual del pueblo del otro. Aprecio que eso está presente, pero aprecio, asimismo, que se puede desarrollar, con mayor fuerza, una relación concreta entre lo uno y lo otro. Lo aprecio en las reuniones de los Consejos Populares de la Cultura a que antes me refería; también en encuentros como los que sostuve, hace semanas, en el municipio Yaguajay y en Siboney-Baracoa. Allí pude valorar que hay una masa de técnicos y de especialistas, en bibliotecas, en museos, en casas de cultura, en instituciones culturales y docentes, así como en las más diversas ramas de la vida de la comunidad, planteándose, con rigor y seriedad, cómo responder a la demanda cultural del pueblo. Se formulan iniciativas e ideas y germina un espíritu creador. No es que dejen de existir obstáculos; las limitaciones y los desatinos están también presentes, pero hay una masa de jóvenes, así como de hombres y mujeres no tan jóvenes, que viene presionando en la búsqueda de caminos nuevos y populares para un arte cualitativamente superior.

El ascenso a un plano superior del movimiento cultural no es una cuestión administrativa, sino política, y debemos comprender esto en todo su alcance. El arte y la cultura del país se han transformado en una demanda social que tiene repercusión o consecuencias económicas y políticas de gran influencia en la vida de la nación. Dichoso el pueblo que ha convertido el arte y la cultura en una demanda social de repercusión económica. Este quizás sea uno de los símbolos más hermosos de la obra de la Revolución. Podrían algunos preguntarse: ¿y qué tiene que ver todo esto con el 25 aniversario del Instituto de Literatura y Lingüística? Les contestaría: ¿qué fenómenos de la vida social, qué análisis político e, incluso, qué cuestión de carácter filosófico, no se relaciona con el arte y la literatura, así como con las investigaciones en esta importante materia?

Permítaseme una confesión: hace más de 40 años, cuando iba a ingresar en la Universidad de La Habana y solicité los programas de estudio de las disciplinas que me eran más afines, revisé los de la antigua Escuela de Filosofía y Letras. Al comprobar que, en los viejos programas de estudio, las disciplinas filosóficas no tenían el peso que yo esperaba, renuncié a ese empeño y me dediqué a estudiar, exclusivamente, en la Escuela de Derecho. Esa era, desde luego, mi principal decisión, porque ya, desde entonces, la vocación por la acción política y social, así como la lucha contra la injusticia, me instaban a ello. Luego, en el transcurso de los años, me percaté de cuánta razón había en las viejas universidades cubanas, y en las de otros países del mundo, en enlazar los estudios de filosofía y de historia con los de artes

Hay que recordar, también que el hipercriticismo está profundamente arraigado, como un problema de la sicología social cubana.

La labor de la educación y la cultura del país consiste, precisamente, en promover el desarrollo del espíritu crítico, de forma que éste no se desborde de sus cauces naturales y que contribuya eficazmente a estudiar y resolver los problemas concretos que la vida presenta. Una tendencia exclusivamente interpretativa, o de narración de los hechos, debe superarse por el esfuerzo de investigar las raíces de los mismos y hallar solución a los problemas. Sólo así transformamos la realidad de una manera revolucionaria.

No pocas posiciones hipercríticas — a veces, incluso, difundidas con un lenguaje irreverente, chabacano y hasta insolente — son hijas de una deficiente formación política, ideológica y de lagunas culturales. En ocasiones, se hacen formulaciones, en apariencia más “intransigentes” y “valientes”, que revelan profundas inconsistencias y que se hallan bastante lejos de un criterio radical. Las ideas del socialismo, como ya dije, no se transmiten por herencia biológica. Hay, sin embargo, una herencia política y social que todos los días estamos obligados a fertilizar. Las generaciones anteriores de intelectuales se forjaron, con fuerza, en el combate a favor de las ideas de izquierda y el antimperialismo. Las nuevas tendrán que hacer lo mismo, con más argumentos y consistencia política. El análisis de la historia de la política cultural cubana se impone como una necesidad relacionada con la formación política de las nuevas generaciones.

Alertar a los jóvenes contra el discurso o la interpretación parcial debe ir acompañado de un esfuerzo serio en cuanto a estudiar, críticamente, los procesos que tuvieron lugar en nuestro país en medio de la aguda lucha ideológica de los años 60 y 70. Aquí hay lagunas que superar, lo cual sólo se logrará con un desapasionado análisis histórico y revolucionario. No se trata ahora de reabrir viejas polémicas, pero sí de situar, en su contexto histórico, nuestros errores y aciertos, pues corremos el riesgo de que otros vengan a descubrir el pasado y ganen lugares que no les pertenecen. Nos podremos entender mejor si el lenguaje político tradicional lo elevamos a un lenguaje de cultura política cada vez más elaborado, es decir, a un lenguaje fundamentado en la cultura política de nuestro pueblo. Es cierto que la enseñanza memorística y el esquematismo estuvieron presentes, como una influencia nociva, en el desarrollo de la educación política, especialmente durante los últimos años, pero hay un lenguaje y una cultura política que defender y que es capaz de lograr eso de que tanto se habla: el poder de comunicación.

Por otra parte, si al sector artístico e intelectual se le sigue mirando como en los primeros años de la Revolución, como una minoría que, por diversidad de razones bien explicadas, se mantenían separadas del resto del pueblo, estaremos cometiendo un grave error político de consecuencias históricas. Precisamente, la principal diferencia en cuanto a la cultura y el arte, entre ese tiempo y el presente, está en el hecho de que entonces el pueblo no tenía, ni podía tener priorizada, la demanda del arte como la tiene planteada hoy. En la actualidad, hay decenas de miles de ingenieros, técnicos, escritores, artistas, intelectuales y pueblo que han elevado su nivel de cultura, que reclaman su presencia y su voz en la aplicación de la política cultural. Esto último, que ha resultado un extraordinario logro, se puede convertir en un problema si no sabemos estar a la altura de una nueva época.

y letras. Tomé mayor conciencia de los vínculos de la literatura y de la obra de arte, de un lado, con los problemas que plantea la filosofía y el desarrollo social, del otro.

Pienso que, quienes tenemos responsabilidades en la educación y en la cultura, debemos priorizar las escuelas de artes y letras al nivel que les corresponde. Ello por razones estratégicas de fundamentos culturales, políticos y de formación en su sentido más estricto. Si subestimamos estas carreras estaremos situando, en lugar secundario, aspectos sustanciales de la vida cultural del pueblo, porque en el arte y la literatura, que es forma, se revela la vida del pueblo, que es esencia o contenido.

Las necesidades de personal calificado en los estudios de este tipo son reducidas, pero de enorme significación y, además, en ellos está un aspecto sustantivo de la vida cultural del país, incluidos sus municipios y provincias. No cometamos el error, que se ha venido dando, de exigir, para tales disciplinas, matrículas determinadas por las necesidades que ellos tengan de la fuerza laboral calificada. No se trata sólo de un problema laboral, se trata de una cuestión cultural de largo alcance.

Nadie puede acusarnos de pretender, en nombre de tal o cual principio político, imponer rígidos patrones a la creación artística y literaria. Saben bien ustedes que dimos una batalla colosal contra quienes tuvieron semejante pretensión. Y la dimos porque teníamos la convicción de que se trataba de un grave error político. Tenemos autoridad moral para destacar los vínculos estrechos entre la cultura y la política, así como entre la cultura y la sociedad, y nada más a propósito que hacerlo en este acto, en que exaltamos el trabajo de investigadores en el campo de la literatura y la lingüística. Los nexos entre la creación artística y la vida social no será indispensable subrayarlos entre ustedes, porque, en el plano conceptual, existe comprensión al respecto. Pero se trata de algo mucho más concreto, se trata de ir a las esencias de nuestros problemas actuales en cuanto a la aplicación de la política cultural de la Revolución.

Se ha recorrido un largo tramo, pero se abren, en los años que vivimos, nuevas etapas, nuevos momentos. Quedan atrás, y para siempre, las viejas polémicas, los viejos dolores; quedan sólo como enseñanza y esperanza de que no se vuelvan a cometer. Delante tenemos un mundo nuevo, una época distinta, en la cual una masa de graduados universitarios ha llegado a los centros de trabajo, se encuentran en las instituciones docentes, científicas y culturales. Se exige un diálogo distinto en el campo de la política y en el terreno específico de la interpretación del arte. Ese diálogo, esa palabra distinta, ha de expresar la misma idea humanista de siempre, el mismo propósito de justicia de siempre, pero ha de hacerlo de forma y manera cada vez más culta y elaborada, cada vez más profunda y matizada. En el centro de los problemas del diálogo y de la comunicación está presente el papel de la palabra y del arte. Decía José Martí: ¿qué es el arte sino el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad y ponerla que perdure y centellee en la mente y en los corazones?

La Revolución dispone de un amplio número de graduados de las disciplinas humanísticas, entre ellas las de artes y letras. Sin triunfalismo fuera de lugar, pensamos que cierto aliento renovador va ganando terreno desde la base, el cual, por su valor político, debemos orientar y promover con amor y desinterés y vincularlo

estrechamente con el movimiento social. He tenido el privilegio de trabajar y conocer el carácter del movimiento de masas que, desde el inicio de la Revolución, se generó. Hoy estamos en la necesidad de que el mismo adquiera un profundo contenido cultural. Si no fuera así, podría, de un lado, empobrecerse y, del otro, crearse dificultades con el sector cultural en general.

La solución radical de los problemas que impone actualmente la aplicación eficaz de la política cultural está, precisamente, en buscar los puntos de contacto entre el movimiento social y los trabajadores intelectuales, considerando esto último como una parte integral de la sociedad. La cultura, entendida en su acepción cabal, es decir, como la vida espiritual del pueblo, tiene que introducirse en el movimiento político y de masas de la Revolución. Es más, no concebimos esta última sin la primera. Ello constituye no sólo una necesidad del arte y de la cultura nacionales, sino, como hemos dicho, una exigencia o reclamo del propio movimiento político y social.

Compañero José Antonio Portuondo:

Me pediste que hablara aquí de los temas más actuales de la política y la cultura. Tomé en serio tu fraternal provocación y te lanzo un nuevo reto, te invito a que juntos marchemos, a pasos acelerados, por este camino que hemos señalado; empecemos a destacar, con claridad, qué se entiende por cultura en el mundo moderno. Tú lo conoces, yo estoy identificado contigo. Trabajemos, a su vez, acerca del valor político y moral de la cultura cubana; exaltemos la gigantesca riqueza espiritual que este país y su intelectualidad poseen como un tesoro inapreciable; tomemos conciencia de que, con una priorización, cada vez más alta, del arte y la cultura, se podrán abordar problemas claves de nuestro desarrollo espiritual. El reto está lanzado, ahora ustedes tienen la palabra.

La Habana, 3 de julio de 1990
AÑO 32 DE LA REVOLUCION

